



EL MATRIMONIO PALAVRAKIS

Angélica Liddell



Fragmento

Estrenada el 22 de febrero de 2001 en el festival Escena Contemporánea.
Sala Pradillo. Madrid.

INTÉRPRETES: Gumersindo Puche y Angélica Liddell

VOZ EN OFF: Concha Guerrero

ESCENARIO Y VESTUARIO: Angélica Liddell

ILUMINACIÓN: Oscar Villegas

BANDA SONORA: José Carreiro

FOTOGRAFÍA: Jaime Ortín

DIRECCIÓN: Angélica Liddell

PRODUCCIÓN: Atra Bilis teatro

NARRADORA.— Cuando Elsa y Mateo Palavrakis se despidieron del resto de los concursantes, no sabían que esa misma noche iban a estar muertos.

EL MATRIMONIO PALAVRAKIS

NARRADORA.— Los señores Palavrakis habían ganado el concurso de baile, pero no sonreían. Todo lo contrario, las bocas trazaban una pesada horizontal sobre sus rostros deprimidos. Por la mañana la señora Palavrakis había estado confeccionando un trajecito de marinero para su caniche ciego, y el señor Palavrakis había salido en busca de una colegiala sin escrúpulos que le entregaba sus braguitas usadas a cambio de revistas y chucherías. Así era la vida de Elsa y Mateo Palavrakis.

MATEO.— ¿Seguro que están usadas? ¿Seguro que te las has puesto? ¿Quién te compra las bragas? Deberías comprar tus propias bragas. Deberías elegir tus bragas. Es algo íntimo, ¿me entiendes? Íntimo. Es tu elección, tu punto de vista sobre las cosas, tu carácter. Hasta el gusano tiene un punto de vista sobre las cosas. Toma, coge el dinero. Cómprate unas bragas que te gusten. Tienes derecho. No dejes que tu madre elija por ti. Cómprate unas bragas bonitas. Algún día tienes que empezar. Es algo importantísimo. Hazme caso, importantísimo. Ya tienes edad para comprar tus propias bragas. ¿Cuántos años has cumplido? ¿Doce? ¿Doce años? Buena edad para hablar con una mujer. Doce años. Una auténtica mujer. No estás a gusto, ¿verdad? Yo

tampoco. Somos las víctimas. Ante todo somos las víctimas. Nunca lo olvides. Las víctimas. Te ha pegado. Tú padre te ha pegado. Cerdo. Y sólo porque eres hermosa. Sabe que no puede ponerte una mano encima si no es moliéndote a golpes. ¡Los padres! ¡Todos iguales! Te ha pegado. Te ha pegado por tus labios, porque tienes en la boca toda la sangre de una herida. Preciosa. Preciosa tu boca. ¿Un caramelo? Algo dulce para una mujer dulce. Lo dulce es lo que nos obliga a vivir, el deseo de lo dulce nos mantiene con vida. El deseo de lo dulce. Lo dulce. Ya veo, no estas a gusto. No estamos a gusto. Yo también lo odiaba. A mi padre. Lo odiaba tanto como tú al tuyo. Y salía corriendo a robar chocolatinas, pasteles, caramelos, y me hinchaba hasta reventar. Gracias a lo dulce fui capaz de sobrevivir. No dejes de comer dulce. No hagas caso a tus padres, las muelas, las caries, bah... No les hagas caso. Doce años. Buena edad para hablar con una mujer. Doce. ¿Sabes quién soy? ¿Te han hablado de mí? Te lo habrán contado, te lo habrán contado todo. ¿Sabes lo que pasó? Imagino que sí. Lo sabes. Voy a decirte una cosa, nunca tengas hijos. ¡Nunca!

NARRADORA.— ¡Qué oscura la infancia del señor Palavrakis!

ELSA.— Los ahorcaban en el bosque. Apenas había ramas para tantos perros ahorcados. De un pino colgaban tres. Era normal. Tan normal como el trigo creciendo en los campos y la lluvia cayendo del cielo. Ahorcaban a los galgos cuando ya no servían para correr. No servían. No servían. Y los niños íbamos corriendo a todas partes, corriendo muchísimo, como si tuviéramos cuatro patas, hasta que se nos paraba el corazón, y todo por miedo a que también nos colgaran. Igual que a los galgos. Nadie quería llegar el último. Teníamos que correr muchísimo. Muchísimo. Muchísimo. ¡A por el pan, a por el agua, a por la leche! Corriendo, siempre corriendo. Y a veces los hombres dejaban la soga tan cerca del suelo que los perros tardaban días enteros en morir, y por las noches lloraban, lloraban y lloraban. Y los niños teníamos pesadillas horribles. Y en las pesadillas nos sangraban los pies. Y al día siguiente no teníamos ganas de jugar, no. Hubo muchos días en los que no se escuchó reír a un solo niño. Pobres perros.

Los colgaban cerca del suelo a propósito. A propósito. Y los hombres merendaban y bebían y se retorcían de risa alrededor de los perros mientras los perros se morían. En aquel pueblo les retorcían el cuello a los gatos, pegaban a las mujeres y ahorcaban a los galgos, pero mi padre ahorcaba a todos los perros. Galgos o no. Mi padre mató a más de cien perros preciosos. Mi padre no quería a los animales. Decía que un perro me chupó los muslos. Yo tenía tres años y decía que el perro me chupó los muslos. Fue el primer perro que mató. Mi padre me quería tanto que me regalaba perros cuando me ponía triste, y después siempre los mataba, me regalaba perros y los mataba, me regalaba perros y los mataba, cuando se hacían grandes los mataba, y volvía a regalarme otro, y luego lo mataba. Decía que me chupaban los muslos. Me chupaban los muslos. Mi padre era muy celoso y no le gustaban los animales. No le gustaba que los perros me chuparan los muslos. Pero mi padre ya no me quiere. No tengas miedo. Mi padre ya no está. Nadie va a matarte. Mi hija es un perro. Qué guapa. Qué bonita con el vestido azul. Mi padre es una anguila. Mi hija es un perro. Mi hija es un perro.

NARRADORA.— ¡Qué triste la infancia de la señora Palavrakis!

LOS SEÑORES PALAVRAKIS ENSAYAN PARA GANAR EL CONCURSO DE BAILE

NARRADORA.— Los señores Palavrakis se presentaban al concurso de baile todos los años. Y todos los años perdían. El primer año que concursaron fue el año en que concibieron a su hijita, la pequeña Chloé. Y esto fue lo que sucedió aquella noche, después de perder el primer concurso.

ELSA.— ¡Quiero que mis hijos sean tan hermosos como los rascacielos de Nueva York!

MATEO.— ¡Vamos al cementerio!

ELSA.— ¡Quiero que mis hijos sean tan hermosos como los rascacielos de Nueva York!

MATEO.— ¡Vamos al cementerio!

ELSA.- ¡Quiero que mis hijos sean tan hermosos como los rascacielos de Nueva York!

MATEO.- ¡Vamos al cementerio!

ELSA.- ¡Vamos a Nueva York!

MATEO.- ¡Vamos!



El matrimonio Palavrakis, de Angélica Liddell. Foto: Jaime Ortín.

ELSA.- ¡No soy nada, llévame contigo, lejos, lejos!

MATEO.- No se puede ir más allá de las tumbas. Estamos en el lugar más remoto de la tierra. ¿Te gusta, te gusta el final del mundo?

ELSA.- Aquí es donde quiero vivir.

MATEO.- ¡Nos quedamos!

ELSA.- ¡Ganaremos, algún día ganaremos el maldito concurso, bailaremos mejor que nadie, ni siquiera tocaremos el suelo con los pies, volaremos por encima de sus estúpidas cabezas, les clavaremos los tacones en el cráneo! ¡Ganaremos y nos dedicaremos a odiar el mundo!

MATEO.- ¡Te odio, te odio mundo!

ELSA.- ¡Te odio mundo, te odio con todas mis fuerzas!

MATEO.- ¡Te odio, mundo chapuza, mugriento, roñoso! ¡Apesta! ¡Te odio!

ELSA.– ¡Ganaremos el concurso de baile! ¡Dilo, dilo fuerte!
MATEO.– ¡Ganaremos!
ELSA.– ¡Y volveremos a ganarlo! ¡Una y otra vez!
MATEO.– ¡Hasta que todos pierdan!
ELSA.– ¡Todos, todos, todos!
MATEO.– ¡Todos tienen que perder!
ELSA.– ¡Y nosotros ganar siempre! ¡Siempre!
MATEO.– ¡Ganaremos!
ELSA.– ¡Ganaremos!
MATEO.– ¡Hasta que vomitemos de tanto bailar!
ELSA.– ¡Vomitaremos en sus bigotes!
MATEO.– ¡Vomitaremos en sus pelucas!
ELSA.– ¡Vomitaremos en sus braguetas!
MATEO.– ¡Vomitaremos en sus bragas!
ELSA.– ¡Te odio mundo!
MATEO.– ¡Te odio!
ELSA.– ¡Y ganaremos el concurso de tartas! ¡Y el concurso de jardines! ¡Y el de canciones! ¡Y el de cartas de amor! ¡Y mis hijos crecerán tanto que atravesarán las nubes! ¡Mis hijos, mis hijos! ¡Y nadie volverá a morir, nunca más! ¡Nadie volverá a pudrirse en este cementerio! ¡Venceremos, venceremos a la muerte! ¡Necesitamos hijos hermosos para vencer a la muerte, para saltar por encima de ella! ¡Cien mil hijos hermosos! ¡Venceremos!
MATEO.– ¡Estás loca!
ELSA.– ¡Estás loco!
MATEO.– ¡Estás loca!
ELSA.– ¡Quiero gritar! ¡Quiero que mis hijos sean tan hermosos como los rascacielos de Nueva York! ¡Quiero que mis hijos sean tan hermosos como los rascacielos de Nueva York! ¡Quiero que mis hijos sean tan hermosos como los rascacielos de Nueva York!

NARRADORA.– Y Mateo embarazó a Elsa, y se casaron, y una tormenta de arroz cayó directamente del cielo. Porque al cielo le gusta apostar por el amor cuando los novios no están muy convencidos de la eternidad.

ELSA.– Es tan difícil calcular el agua que necesita el arroz. Cualquier cosa relacionada con el amor y el odio es más fácil,

mucho más fácil. Sé que debo amarte y odiarte al mismo tiempo si deseo sobrevivir. Pero esta cuestión del agua y el arroz me llena de ansiedad. Si la ansiedad pudiera crecer sería como dos trenzas inmensas, dos trenzas interminables de color negro, cargadas de chinchetas y de larvas, dos trenzas negras y eternas surgiendo directamente de mi esternón. Todo lenguaje es inútil cuando se trata de decir la verdad. Si me amas coge un puñado de arroz y cómetelo.

NARRADORA.— Durante el embarazo Mateo aprovechaba los dulces sueños de Elsa para aproximarse a su vagina y conversar con el bebé, como si lo hiciera a través de un teléfono.

MATEO.— (*Junto a la vagina de Elsa.*) ¿Deseas venir al mundo o no? Habla. Es una decisión importante. Muy importante. Importante para todos. Quiero decir, importante para el universo. Voy a hablarte de algo muy serio, verás: hay un momento en el que somos expulsados de la vida. Todos empiezan a impacientarse si no te mueres y ya nadie desea que vuelvas a entrar en el mundo, nadie, ¿entiendes?, nadie en absoluto. No hay piedad. No te permiten regresar. ¿Entiendes? Y si te empeñas en prolongar tu existencia todos sufren una gran irritación. Has sido expulsado. Expulsado. ¿Entiendes? Lo he visto muchas veces. He visto cómo matan a los viejos. He visto cómo los odian. He visto cómo los torturan. Así que te lo repetiré otra vez. ¿Deseas venir al mundo o no? Habla. Habla. Luego no te enfurezcas con nosotros. No nos hagas reproches fáciles. No nos echas en cara tu existencia. No somos unos padres perfectos ni lo seremos nunca, tendrás que enfrentarte con unos padres desesperados, absolutamente desesperados, y tendrás que luchar con nuestra desesperación, y nuestro cansancio, y nuestro fracaso. Nuestro jodido fracaso. No es fácil, ¿sabes? Nada fácil. Aquí fuera todo es destrucción. Está lleno de cárceles, hospitales y manicomios. Cárceles, hospitales y manicomios por todos lados, y tarde o temprano acabas visitando alguno de ellos, y una vez dentro te extinguen. No hay esperanza, no hay esperanza. Y muy pocos aprenden a vivir sin esperanza, a comer sin esperanza, a mear sin esperanza. Así que dime, ¿deseas venir al mundo o no? (*Escucha atentamente.*)

ELSA.— (*Despertándose.*) ¿Qué haces?

MATEO.— Ha hablado.
ELSA.— ¿Qué?
MATEO.— Ha dicho que no desea nacer.
ELSA.— ¿Por qué no desea nacer?
MATEO.— En primer lugar porque detesta la herencia de sus padres.
También piensa que el simple hecho de respirar le volvería loco.
No confía mucho en la felicidad de su especie y considera que el planeta es demasiado horroroso para las cosas pequeñas. No desea venir al mundo porque le parece una tarea extremadamente difícil reponerse del nacimiento.
ELSA.— ¿Crees que si pudiera hablar diría eso?
MATEO.— Sí. Estaría asustado.
ELSA.— Tranquilízate.
MATEO.— ¿Te das cuenta? ¡No podrá elegir a sus padres! ¿Con quién se va a encontrar?
ELSA.— Intentaremos ser mejores.
MATEO.— Nosotros tampoco pudimos elegir.
ELSA.— Yo no soy como mis padres.
MATEO.— ¿Estás segura? ¿Segura del todo?
MATEO.— ¿Y cómo sabes qué eres mejor? ¿Sólo por ser diferente a ellos, opuesta a ellos?
ELSA.— Puedo seguir mejorando.
MATEO.— Yo no.
ELSA.— Tú también.
MATEO.— Yo soy como él.
ELSA.— Eres completamente opuesto a él.
MATEO.— No hay en mí ni un solo gramo de bondad.
ELSA.— Te empeñas, te empeñas en ser una persona indigna. ¿Por qué?
MATEO.— No pude evitar mi nacimiento. Lo llevo en la sangre.
ELSA.— No eres igual que tu padre. No lo eres, no lo eres.
MATEO.— Soy mucho peor. Soy el peor.
ELSA.— Cuando veas al niño dejarás de pensar así, dejarás de ser el peor.
MATEO.— ¡Dios mío! No sabemos nada de él. Y él tampoco de nosotros. Tener un hijo es algo brutal, insensato, demasiado irresponsable. Fíjate en las caras de toda esa gente. Están destruidos, aniquilados, enfermos. Me da la impresión de que

trayendo un hijo al mundo vamos a causar una gran desgracia, quiero decir, vamos a envilecer a la humanidad entera.

ELSA.— Me haces sentir como una criminal.

MATEO.— Es algo parecido. Parecido al crimen.

ELSA.— Te equivocas. Necesitamos hijos hermosos para vencer a la muerte.

MATEO.— En cuanto nazca empezaremos a estar solos, mucho más solos.

ELSA.— No. Si tú me abandonas lo tendré a él. Si tú te mueres lo tendré a él. Si me hago vieja lo tendré a él. Si traigo un hijo al mundo nunca estaré sola.

MATEO.— Entonces estarás doblemente sola.

ELSA.— ¿Por qué?

MATEO.— Llevas al enemigo dentro.

ELSA.— ¿Al enemigo?

MATEO.— No lo entiendes, maldita sea, no lo entiendes. Es uno más, uno más de la ciénaga, destruido, aniquilado, enfermo. Y nosotros destruidos, aniquilados, enfermos. Y todos destruidos, aniquilados, enfermos.

ELSA.— Pero yo lo quiero. Y tú también deberías quererlo.

MATEO.— No puedo querer a alguien que no desea nacer.

ELSA.— Los niños nacen, simplemente nacen.

MATEO.— Es un error pensar así.

ELSA.— Mi hijo será precioso.

MATEO.— Llevas al enemigo dentro.

ELSA.— Me esforzaré al máximo, no es fácil, pero me esforzaré. Se alegrará de haber nacido, estoy segura.

MATEO.— ¡Dios mío! ¡No odias el mundo lo suficiente!

ELSA.— ¿Y para qué odiar el mundo?

MATEO.— Pero me dijiste que lo odiabas. ¿Te acuerdas? Me lo dijiste en el cementerio.

ELSA.— Las cosas han cambiado.

MATEO.— Nada ha cambiado. Tienes que odiar el mundo igual que antes, tanto como lo odio yo. Creí que éramos dos odiando al mundo. Para siempre. Creí que nada alteraría nuestro odio. El odio, ¿sabes de que te hablo?, el odio. ¡Maldita sea! ¡El mundo es repugnante! ¡Lo dijimos juntos! ¡Te odio, te odio mundo! ¡Nos odiábamos a nosotros mismos!